

# PEPITA PEÑA Y LA CAÍDA DE BAZAINE

J. M. MIQUEL I VERGES

PEPITA PEÑA ES ANTÍTESIS de Francisca Agüero.<sup>1</sup> Batalladora desde la época en que Bazaine la corteja en el México imperial, en aquel entonces contra el chisme y la irónica sonrisa, no cesa en su lucha hasta que la muerte del mariscal, acaecida en Madrid, cierra el último capítulo de su vida novelesca.

Bazaine, en cambio, tiene algo de Prim. La carrera militar ha sido para los dos dura y ruda; no ha habido academia; la academia, la guerra, y el ascenso, el heroísmo y la abnegación.

Nacido en Versalles el 13 de febrero de 1811, crece frente a las mismas inquietudes ambientales; los tres años que separan a Bazaine de Prim no son suficientes para distanciarlos, pero sí, acaso, el escenario de los acontecimientos. Las carreteras de Francia, cuando Bazaine juega con soldados de plomo, parecen retener todavía las huellas de la *Grande Armée* perdida en el ocaso de una gloria que pugnarán por renacer. Los caminos de España ensangrentados por la ofensiva y retirada francesas, no han cesado en su púrpura; sangre de hermanos mantiene el delirio que se despertó cuando la invasión y no cesó después de la retirada. Francia se encerraba en la meditación mientras España abría todas las peligrosas puertas del individualismo guerrero. Prim encontró el ambiente en la guerra civil; Bazaine lo fue a buscar en la Legión Extranjera. Prim y Bazaine estuvieron siempre muy cerca y no se cruzaron jamás. Incluso para hacer más sorprendente la coincidencia, los dos enlazaron sus vidas con mujer mexicana.

Demos muchos pasos adelante para volver luego al inicio.

Mientras Bazaine no se resignaba a su cautiverio en la fortaleza de Santa Margarita, célebre por haber estado en ella la famosa Máscara de Hierro, hilo interminable de leyendas, hoy esclarecidas, su esposa, la mexicana Pepita Peña, trama

un plan de fuga, plan audaz, inverosímil casi, pero no en balde la emperatriz de Francia, la española Eugenia de Montijo, le dirá en tono de melindre, desusado en ella: *Mais ma petite marechale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage...*

Dicho que al fin resultó desmentido por los hechos, por lo menos en México. Apenas si en la heterogénea balumba de los acontecimientos del efímero imperio de Maximiliano, suena su nombre. Las crónicas de la época hablan de su boda, de la pompa afrancesada del banquete, del atuendo de las damas, del porte gallardo —adjetivo muy del siglo—, de los caballeros, con sus uniformes deslumbrantes por las condecoraciones. Y sin embargo, ella, poco tiempo después del suntuoso festejo, desaparece del escenario mexicano. Su vida estará en París primero, más tarde en Madrid. No hay que olvidar que Josefa Peña cuenta tan sólo diecisiete años cuando enlaza su vida con Bazaine a quien podríamos calificar de último virrey, aunque a decir verdad, ninguno tuvo ni retuvo, como él, tanta autoridad, mando que incluso llegó a fastidiar a Maximiliano, al fin de cuentas su juguete trágico.

Corpulento aunque no rechoncho, el mariscal tiene cincuenta y cuatro años cuando su boda con Pepita, pero debió aparentar muchos más, ya que Blasio, en su *Maximiliano íntimo*, nos dice: “. . .llamó mucho la atención este matrimonio, pues el mariscal aunque fuerte y vigoroso era ya un hombre de sesenta y tantos años. . .”<sup>2</sup> Pero con el tiempo a cuestas y su viudez con una española (María Soledad Tormo), en los recuerdos, Bazaine bailaba habaneras y lanceros en los festejos de la Corte, con Pepita Peña, nieta de uno de los hombres iniciadores de la Independencia, sobrina de un antiguo presidente de la República. Con su casamiento daba fe al refrán castellano: “moza lozana, la barba cana”.

El destino, un destino dramático, la llevaba ya entonces asida de la mano.

Se conocieron el 15 de agosto de 1864. Bazaine daba en el palacio de Buenavista, que había sido de los Pinillos, un gran baile, el primero desde la llegada de Maximiliano y Carlota. En aquella fiesta Pepita iba ataviada con un vestido azul y estaba algo deslumbrada por el ambiente. La invitación se

la había proporcionado un primo hermano suyo, Enrique Peña y Barragán quien, al decir de algunos, resistía la confabulación familiar para que se casara con Pepita. De ser verdad esta versión, aquel inicio de festejo con Bazaine debió caerle a maravillas.

Pepita, huérfana de padre, vivía con su madre en casa de una tía, Juliana Azcárate, viuda del que había sido presidente de la República, Manuel Gómez Pedraza. Los Azcárate y los Pedraza eran familias de abolengo en el México del xix, en el cual, a pesar de los trastornos políticos a partir de la lucha por la independencia, el resquezo que quedaba de la época colonial permitía mantener, aunque con luz débil, el esplendor criollo de la última década del setecientos.

Su primera danza, aquella noche, con el mariscal Bazaine, fue un vals, muy de la época y que la llevaría, con otras notas, a revolotear por el mundo.

A partir de aquel día, el hombre fuerte del débil imperio, pierde algo de su antipática presunción. Los vecinos de la calle del Coliseo Nuevo, donde vive Pepita, atisban al mariscal que, como cualquier mozuelo, anda y reanda frente a la casa de su amada y, en algunas oportunidades, a caballo y acompañado de su vistosa escolta de virrey. Resultaría teatral el desfile y un tanto jocoso el mariscal, con sus años, caracoleando el caballo árabe ante los ojos complacidos de Pepita, quien saludaba al galán levantando la mano.

La familia juarista por cierto, parecía también complacida; por lo menos aquel relucir de uniformes franceses impresionaría asimismo a la señora Azcárate, viuda de Peña.

De fiesta en fiesta, de baile en baile, se desmanejaba el hilo y en uno de ellos, en el de carnaval, se llegó al ovillo. Pepita Peña fue pedida en matrimonio por Bazaine. Las sonrisas irónicas de la alta sociedad mexicana, en algunos aspectos afrancesada, se mutaron en expresiones de sorpresa. La emperatriz había contribuido mucho a la decisión. Quizás ya de entonces no estaba cuerda.

A RAÍZ DEL NACIMIENTO del primer hijo de Pepita y de Bazaine, los emperadores aceptan el padrinzago del niño, pero ya es

ésta la última escena del primer acto de su aventura iniciada en México. Otro hijo nació cuando ya se hacían los preparativos de la huida (en términos militares retirada), del ejército de Bazaine.

En 1867 veintiocho mil franceses embarcaban en Veracruz; en el último barco que levó anclas, iba Bazaine. El dorado sueño americano del segundo imperio francés había terminado.

Resignada de estar en la capital de Francia, en el París de sus ensueños de adolescente, Pepita, con sus dos hijos y una doncella mexicana llamada Dolores, pasea por los Campos Elíseos y asiste con su esposo a las fiestas y recepciones a que dan lugar la Exposición.

En aquel año, París es la ciudad más deslumbrante de Europa; allí acuden el zar de Rusia y el rey de Prusia, pero Bismark ya puede observar que detrás de la aparatosidad del ejército imperial, con uniformes de lucidos colores, hay un fondo de lamentable ineficacia.

En aquel ambiente un tanto exótico para un mexicano ¿no añoraría, Pepita, el México imperial, cuando bailaba con el emperador la cuadrilla de honor en los bailes de palacio? <sup>3</sup> A pesar de todo, hay bastantes datos para sospechar que Pepita se resistió a salir de México, donde en los últimos meses, después de la partida de Carlota, era ella la emperatriz. La adulación de los afrancesados no tenía límites.

El proceder de Bazaine en México, el imperio francés quiere olvidarlo después del estallido de los fusiles en Querétaro, pero en cambio, los emperadores, compensación limitada, lo distinguen y lo reciben en la corte con Pepita, quien habla frecuentemente en castellano con la emperatriz. Esta distinción le amortigua algo el pesar por la pérdida de su primer hijo, a quien, por lo visto, el padrino de Maximiliano y Carlota puso en mal camino.

Cuando nace una niña del matrimonio, otros emperadores la apadrinan, esta vez Eugenia y Napoleón y la niña es bautizada con el nombre de pila de la emperatriz. Apenas empieza entonces el segundo acto.

EN 1870 HAY INQUIETUD en Europa; el segundo imperio está viejo y simbolizado por el propio Napoleón con los múltiples tintes de su cabello; sin embargo nadie se da cuenta de ello y menos Pepita, quien "fue vista en la primera Corte de cuaresma, luciendo un vestido de gasa, tafetán y satén en tres tonos de verde, con una mantilla de encaje sobre sus hombros y unas hojas de terciopelo en su cabello". Las damas españolas, o de lengua castellana, estaban de moda en la corte imperial. Pepita lucía, además del atavío, sus veintidós años.

Generalmente las guerras de antaño nacían acompañadas de un indescriptible entusiasmo popular. Este hecho se produjo en Francia en 1870. Nadie, o muy pocos, preveían la derrota, aunque entre ellos estaba Bazaine, de quien se dice que dijo al partir para el frente: *Nous marchons a un desastre*. En contraste, sonaba en París y se extendía por Francia, la frase más que insensata de Eugenia de Montijo: "*Ce ma guerre.*"

Gritos de aflicción, de socorro y de angustia, sonaban al poco tiempo alrededor de Metz y después de Sedan, en réplica a las voces callejeras de la capital de Francia, al estallar el conflicto. Las tropas francesas se retiraban a Metz poco más tarde de la pérdida de Alsacia por MacMahon. La sombra fantasmagórica de Napoleón I se había desvanecido en el fulgurar de los cañones prusianos; tan sólo, como una caricatura trágica, quedaba el emperador, con su enfermedad, entonces incurable. Al sobreponerse al dolor resultó quizás su único timbre de gloria en el desastre.

No hubo en aquella retirada francesa nada de la de 1914 y sí mucho de 1940. Incluso entre las voces republicanas que desde París clamaban por el retiro de Napoleón del frente, parece que se mezcló la de Pepita Peña, más que enterada del descorazonamiento de su esposo. Napoleón era un estorbo y Francia quería depositar su última esperanza en Bazaine. Por eso cuando se habló de una suscripción para regalar a MacMahon una espada de honor, Pepita Peña replicó: "Si es así como recompensan la derrota ¿qué piensan hacer con el vencedor?"<sup>4</sup> No había otro posible vencedor que Bazaine.



Bazaine en la época de su proceso.  
(*L'illustration*, Paris, 4 octubre 1873)



Sin embargo Bazaine no fue, hasta unos días después, sino un juguete del emperador.

Si un Napoleón no mandaba su ejército, la dinastía se desmoronaba. Al último lo dejó, pero el ejército era, como él mismo, un cadáver malandante por carreteras, en las cuales acechaba la muerte.

Después se dirá, incluso por defensores del general, que sus años contribuyeron a una supuesta ineficacia y que su matrimonio, con una jovencita mexicana de diecisiete años, hubo de contribuir a su prematura vejez. Ni esto faltó en la maledicencia; algunos vieron en Pepita Peña un factor en el desastre de 1870. El despecho que nace de las derrotas es a veces más apasionado que el orgullo engendrado por las victorias.

Famélicos los hombres, muriéndose cada día a centenares los caballos por falta de pienso, el ejército de Bazaine estaba hora tras hora más imposibilitado para acción alguna. Había de resignarse a la suerte de todos los de los sitiados en el curso de la historia. Mientras tanto se sabía que las tropas prusianas envolvían París.

Después de mil y una negociaciones fracasadas, la alternativa de los ejércitos prusianos, fue esta: "rendición incondicional". El 27 de octubre los alemanes aprisionaban en Metz el último ejército del imperio: ¡179,000 hombres!

No ha de haber entonces ecuanimidad para el vencido y prisionero Bazaine. Una proclama de Gambetta, en la cual, por cierto, se aludía a México, terminaba así: "*Bazaine a trahi*". Esto, en otras palabras, quería decir: Francia no ha sido vencida sino traicionada por el imperio. Thiers ya había calificado a Gambetta de frenético. La espada entregada por Napoleón no era la espada de Francia. La guerra continuaba sobre las ruinas del imperio vencido en Sedan.

Una cosa era Francia y otra un enfermo emperador hecho prisionero en el frente. Los estudiosos de la historia de Francia no conocían otro suceso semejante que el de Francisco I en la batalla de Pavía.

Cuando se constituyó el gobierno de la Defensa Nacional, el ministro de Negocios Extranjeros declaró, a fin de disipar

cualquiera duda: "No cederemos ni un pie de terreno ni una piedra de nuestras fortificaciones." Y hasta a su alcance cumplió la promesa. Los alemanes en más de una ocasión pensaron seriamente en levantar el sitio de París. Pero cuando se acabaron, incluso las ratas, para alimentar a la ciudad, la capitulación resultó inevitable.

La mancha de traición —así es la política—, alcanzó incluso a Pepita, la cual, para librarse de una detención, a todas luces injusta, hubo de refugiarse, con su madre, en una embajada. Antes había aparecido en Tours, donde estaba el gobierno, con el deseo de reunirse en el frente con Bazaine. Este episodio ya explica su proceder cuando el cautiverio de Bazaine en Santa Margarita, ya que en aquel entonces estaba encinta, a punto de ser madre nuevamente. La supuesta traición de Pepita no resultó, no obstante, obstáculo para que Gambetta le pidiese su colaboración para descifrar unos de los últimos mensajes de Bazaine, la clave de los cuales había quedado en París. No había habido globos para los documentos.<sup>5</sup>

Mientras duraba todavía la guerra, Pepita pudo reunirse con Bazaine en Cassel.

Pepita, la mexicana Pepita Peña, tuvo entonces un gesto muy francés, aparatoso, simbólico y poético: mandó a buscar un saco de tierra de Lorena y la extendió bajo su lecho de parturienta. Este proceder de Pepita agradó tanto a Bazaine que, emocionado, escribió al emperador cuando el nacimiento del niño: "*Les prussiens ont un prisonnier de plus.*" En aquella guerra jugaron tanto las frases como las armas.

Reyes en el exilio no han escaseado nunca a partir del siglo XIX. Actualmente se ha acrecentado su merodear. En aquel entonces, después de la proclamación del imperio alemán en Versalles, están en Suiza, donde acude Bazaine después de la paz, la reina Isabel II y su hijo Alfonso, más tarde Alfonso XII. Prim los ha expulsado de España con la revolución de Septiembre, la cual no desembocó en una república, sino en una monarquía democrática y en la persona de un rey inadaptable en España: Amadeo de Saboya.

Por lo visto el destino de padrinos reales persigue a los

hijos de Pepita y de Bazaine. El niño nacido en Cassel, sobre tierra de Lorena, lo apadrinarán Isabel II y el futuro Alfonso XII; por eso llevará el nombre del pretendiente a la corona de España: Alfonso.

Olvidado de unos, calumniado de los demás y con muy pocos partidarios, Bazaine se enternece con la aceptación de este padrinzago. ¿A qué se debió? Se comprende el de Maximiliano y el de Carlota para el primogénito; el de Napoleón y el de la emperatriz para Eugenia, pero el hijo nacido en Cassel, ¿a qué tal deferencia? Es una historia vieja.

Suenan en España, en 1835, cañonazos y descargas de fusil. Hay un pretendiente, don Carlos, y una reina niña; con ellos dos bandos dispuestos a vencer o a morir. Y en el bando de la reina niña, Isabel II, se alista Bazaine, salido de las ardientes arenas de África, donde había empezado su carrera de armas en la Legión Extranjera. Al desembarcar en Tarragona con sus compañeros, "*nobles proscrits ennemis de tyrans*", como rezaba un fragmento de la canción de guerra de aquellos legionarios, cuenta tan sólo 24 años. Por allí anda también, por aquellas fechas, otro soldado de 21, con el cual ha de rozar muchas veces en su vida, sin enfrentársele nunca: Juan Prim.

Cuatro años pasó Bazaine en España, en el campo cristino, ascendiendo y observando a los generales, políticos casi todos, o por mejor decir, políticos vestidos de generales, los cuales se encaramaban en los cadáveres para asumir actitudes melodramáticas. Bazaine luchó con heroísmo en Pons, en Huesca, y en Tortosa, y en otros escenarios. Después de la heroica muerte de Conrad en el campo de batalla, Bazaine era la figura más destacada de la Legión. Sin embargo, el oficial francés estaba atónito; no tenía capacidad para comprender como después de la victoria de España sobre Napoleón I, sus moradores se despedazaran en una guerra que ni dinástica era; tan sólo se esgrimían personalismos y lemas capaces, por lo visto, de todo aquel desbarajuste, típicamente español. En disculpa de España, es necesario decir que siempre ha gustado, en las guerras civiles, de lemas rimbombantes y trológicos. Si cuando Bazaine se remataba a los heridos al grito de "Dios, Patria

y Rey”, bordoncillo curioso y sarcástico, pues resultaba un Dios de venganza, una Patria que destrozaban y un Rey que no reinaba, últimamente, en pleno siglo xx, se fusilaba a los poetas al alarido de “Una, Grande y Libre”.

En España, a Bazaine, luchando por Isabel II, se le ensombreció el rostro y mantuvo el rasgo de por vida. Pero se llevó algo más de esta facción: la Cruz de Carlos III, la de Isabel la Católica, junto con la alta distinción de la orden militar de San Fernando y, todavía, una experiencia que le servirá mucho en México: la de que a veces, especialmente en las contiendas civiles, la batalla es lo de menos y la escaramuza lo de más.

Desde el día que partió de España le han acontecido muchas cosas al militar, caído al fin en Metz, pero en la desgracia, la destronada reina de España no olvida al hombre que blandió la espada por su trono. He aquí la explicación de aquel padrino real. La reina de España, tan veleidosa, fue en todo momento —títulos y honores lo proclaman— pródiga para los que por ella lucharon.

El fastidio consume a Bazaine durante aquellos días en Suiza. Además no tiene un centavo y vive casi de milagro. El estribillo calumniador,

*As-tu vu Bazaine  
A la Porte des Allemands  
Vendre la Lorraine  
Pour deux cent mille francs?*

que había sonado antes por las calles de Metz, resultó a todas luces el producto de una de tantas maledicciones con que los vencidos intentan en algunas oportunidades cubrir sus derrotas. Para casi todos, la catástrofe era obra del imperio y Bazaine era el mariscal del finado imperio, con el cual mantenía todavía relaciones con mensajes al ex emperador.

Pepita, en Suiza, no tiene tiempo ni para la correspondencia ya que incluso la servidumbre, a excepción de la doncella mexicana, ha abandonado a la familia. Con su madre atiende la casa y está al cuidado de los hijos. El esplendor de antaño se ha empañado para siempre.

A Bazaine le importa volver al servicio activo y reivindicarse de las calumnias. Francia necesita de un militar como Bazaine, pero pesa más el mariscal del imperio que el soldado, y el gobierno lo deja sin mando cuando a la edad de sesenta años regresa a la patria con su familia. Corre entonces el mes de septiembre de 1871. Antes, empero, siempre fiel al imperio, había solicitado permiso al ex emperador que iba consumiéndose poco a poco en su retiro de Inglaterra. El viejo Napoleón III accedió emocionado; todo el mundo habíase alejado de él y no ha de transcurrir mucho tiempo para que un viejo militar de sus fuerzas, Mac-Mahon, sea presidente de la República. Bazaine, por lo menos —pensaría Napoleón—, es de la cepa de los mariscales del primer imperio. En el mensaje de Napoleón a Bazaine no faltaron unas palabras para Pepita. Él y Eugenia no la olvidaban.

RESUENA TODAVÍA por Francia y especialmente por París, el grito de “traición en Metz”; el traidor, naturalmente, es Bazaine quien para reivindicarse pide una investigación y así, por el camino de la nobleza, llega a las fauces del lobo. Thiers, para quien Bazaine fue siempre “*notre glorieux Bazaine*”, no gustaba de esta investigación, especialmente por no hacer revivir las ya un poco debilitadas pasiones, pero Bazaine insiste e insiste; le pesa la mancha de lodo que muchos lanzaron sobre su uniforme de mariscal y esta insistencia hace nacer nuevos reproches de sus adversarios. El tema de Metz vuelve a estar de actualidad en libros y en artículos; para atajar la mentira y los abusos, Bazaine mismo solicita un Consejo de Guerra. Parece que esta solución fue sugerida por Thiers a Pepita en una larga entrevista. Para Thiers —dice Phelip Guedalla—, Bazaine seguía siendo “*notre premier général*” e informó a Pepita que a su criterio era el único camino para que su esposo saliera del círculo cada día más cerrado de la calumnia.

Aguardar le era difícil a Bazaine; la vindicación le obsesionaba. Cuando se enteró que en su pueblo natal, en Versailles, iban a escenificarse los acontecimientos anhelados, se declaró él mismo detenido en su casa de la avenida Picardie

y mandó a Pepita a un convento. En la gran prueba de su vida necesitaba del tranquilo aislamiento que conduce a veces a la serenidad.

Se escogió, para el juicio, el Gran Trianon. Unidos en la espera, en una larga y fastidiosa espera de diecisiete meses, Bazaine y Pepita sintieron el paso fatigoso de aquellos días de incertidumbre. Entretanto habían sucedido acontecimientos notables para el detenido: Napoleón III había muerto; Pepita enfermaba de cuidado en su retiro conventual y MacMahon, el que sabía más que nadie —al decir de Bazaine—, el por qué las tropas francesas de retiraron a Metz, era presidente de la República. En contraste con las malas noticias se sentía, en su prisión voluntaria, alentado por la presencia de amigos, uno de los cuales le conturbaba un poco: era el futuro rey de España, Alfonso XII.

Corría ya el año de 1873 cuando el día 6 de octubre empezó el Consejo de Guerra con la lectura del secretario, en voz monótona, de los servicios de Bazaine desde que se inició en la Legión Extranjera como soldado raso. He aquí, para muchos, un punto de partida poco honorable. El mismo Bazaine experimentaba en este aspecto lo que se ha convenido en llamar complejo. Desde México escribía a su hermana: "No puedo negar mi humilde origen y no me cabe duda de que el proceder del pueblo y haber salido de las filas es la causa de que los envidiosos me persigan, especialmente desde mi promoción a mariscal; los oficiales que proceden de las escuelas especiales no pueden perdonármelo".<sup>6</sup> Y este complejo lo siente también en Metz. Quizás, fue, en campaña, su principal defecto. Lo ató a una discreción que no careció de grandeza. Recordando África, dijo en el proceso, hablando de su ejército en Metz: "... pensé que no tenía derecho por una gloria vana, a sacrificar aquellas vidas que eran tan preciosas para su país y sus familias". ¡Lástima que no pensara igual en México!

De todas maneras no vayamos a creer a pie juntillas lo dicho por Bazaine sobre su origen. La familia pertenecía a la alta burguesía; su padre fue un distinguido ingeniero que prestó sus servicios en Rusia con el grado de lugarteniente

del imperio. Su hermano, educado en la Escuela Politécnica, fue después uno de los más destacados constructores de las vías férreas y, su hermana, contrajo nupcias con un célebre ingeniero de la época, apellidado Chapeyron. El mismo François Achille cursaba la carrera de abogado en la Universidad de París (1831), cuando Francia se encontró amenazada por una guerra europea. Entonces se alistó, como simple soldado, en el ejército francés. Seguramente lo que pesó en Bazaine fue su modesta entrada en las fuerzas de Francia, ya que de su formación intelectual hablan sus escritos y, muy alto, sus cartas familiares, algunas, modelos de estilo epistolar.

En contraste con el origen militar del procesado, el presidente del tribunal es un príncipe de la casa de Orleans: Enrique Eugenio de Orleans, duque de Amaule, hijo del rey Luis Felipe y hermano del duque de Montpensier. En aquel entonces está ya viejo y ha pasado por unos largos años de exilio, pero en su juventud incluso fue uno de los candidatos a la mano de la reina niña de España, Isabel II. Lo que olvidaban todos y Bazaine mismo, era que del pueblo y únicamente del foguero en las batallas, habían surgido los mariscales de Napoleón I. Pero quizás ya entonces el recuerdo resultaba un cuento viejo.

O mostrarse parco o escandalizar y Bazaine estuvo parco en los dos meses que se prolongó el proceso, dos meses mortales para Bazaine y Pepita, siempre presente en las sesiones, en las cuales muchas de las damas de París habían reservado asientos como si se tratara de la representación de un drama teatral. Bazaine mantuvo en todo momento discreción y se manifestó respetuoso con el segundo imperio y, por lo mismo, poco afortunado en el aspecto de defensa personal. Hubiera podido afirmar, entre otras cosas, que la culpa no fue de él sino de un emperador que había creído en el prestigio de un nombre para organizar y mandar un ejército, a fin de cuentas débil. Pero prefirió callar a dar explicaciones que hubiera sido, a fin de cuentas, un factor más para la desmoralización del país. Y no sólo enmudeció Bazaine, sino que su abogado defensor, quizás por consejo del propio mariscal, eludió el tema. Por eso —escribe Guedalla—: “Pepita Peña quedó con

la viva sospecha de que el abogado había sacrificado los intereses de su esposo en aras del bonapartismo." Mac-Mahon mismo, a pesar de que su nombre sonó en el proceso con facetas de peligro, exclamó después que se puso punto final al episodio teatral del Grand Trianon: "Bazaine no se ha defendido."

Sentenciar a Bazaine resultó fácil para un tribunal militar que deseaba para Francia un chivo expiatorio del desastre de 1870. Y la sentencia fue: muerte. Pero el que se asusta entonces es Mac-Mahon y, con él, el propio duque de Amaule quien solicita del presidente de la República clemencia para Bazaine. Mientras tanto Mac-Mahon ya había considerado el caso con sus ministros, partidarios unos del extrañamiento, otros de la condena a perpetuidad. Al último quedó la sentencia en veinte años. En definitiva, cadena perpetua, pues Bazaine iba a cumplir sesenta y tres años. En la medida de Mac-Mahon hubo, sin duda, buena parte de cinismo.

AHORA LE TOCA actuar a Pepita Peña, ya que el mariscal, al conocer su condena a muerte, se negó a cualquier gestión de clemencia. El obispo Dupanloup, quien había visitado repetidamente a Bazaine en su retiro, antes del proceso, la aconseja y Pepita se presenta, ya de noche, en la residencia oficial del presidente de la República, con una pregunta en la mente, exteriorizada a poco en los labios: "¿Piensa usted fusilar a mi marido?" Mac-Mahon le comunica la modificación de la sentencia y la consuela, pero para Pepita, las palabras del antiguo compañero de armas de su esposo suenan a hueco. Para ella cabe más responsabilidad en el desastre de 1870 en Mac-Mahon que en su esposo. De todas maneras, se muerde los labios y deja la residencia "como un torbellino", escribe un comentarista.

Generalmente las multitudes resultan olvidadizas y es frecuente en la historia verlas tirando del carro del vencedor, como antes lo hicieran con el del entonces vencido. Hay, empero, en las mismas multitudes, otra faceta: la de lanzarse sañudamente contra el caído. En aquella ocasión se confirmó la regla y Bazaine fue vergonzosamente befofo por las turbas,

que ni siquiera sabían de qué se trataba, ni quién era el hombre, ni por qué había habido un Consejo de Guerra. Era cuestión de gritar y en este aspecto, Francia, como buen pueblo latino, no va a la zaga de ningún otro. Tampoco faltan, para el caído en desgracia, estímulos para sobrellevar el dolor. Antes de partir para la isla, en donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita, a la cual estaba destinado Bazaine, hubo mensajes de aliento y visitas que pregonaban la protesta contra el fallo; entre las visitas, no faltó la de la ex reina de España, acompañada, esta vez de una hija suya: la infanta Eulalia de Borbón.

Nunca, probablemente, desde que se destinó el islote como prisión y se construyó la fortaleza, había habido un preso de la categoría de Bazaine. Además Bazaine no era en el castillo de Santa Margarita un cautivo cuya situación se pareciera algo a su más célebre antecesor, la "Máscara de Hierro". En contraste con aquel desventurado hombre, Bazaine disfrutó de una cierta comodidad y cuando Pepita se reunió con él, Bazaine dispuso que la habitación de su esposa fuera decorada con cretona rosa.<sup>7</sup> El reverso de la medalla, resultó ser que se le leía la correspondencia e incluso hubo indicaciones tendientes a demostrarle que, en definitiva, a pesar de su categoría militar, no era más que un preso común. Las indicaciones consistieron en la posibilidad de repararlo y vestirlo de presidiario.

Poco a poco, la paciencia de Bazaine fue agotándose y decidió escapar. Pero, ¿cómo?

Inútilmente Pepita, al ver la desazón del esposo y su inconformidad, había abandonado la isla con sus hijos y acudido nuevamente a Mac-Mahon en demanda de clemencia. El presidente de la República no podía ser débil en aquel momento. ¿La clemencia, no hubiera encerrado, en muchos aspectos, una forma de *mea culpa* en el desastre? La visita de Pepita a Mac-Mahon fue violenta, pero si algo amedrentaría a Mac-Mahon en su inquebrantable decisión de dejar a Bazaine en la fortaleza, quizás fuera la impetuosidad de aquella jovencita mexicana de veintiséis años, abnegada y dispuesta a cualquier lucha por su esposo de sesenta y tres. En este aspecto, ¿qué mejor timbre para Bazaine?

Finalizar el episodio de la fortaleza de Santa Margarita era para Bazaine y sus fieles amigos trabajo casi imposible. Así empezaron los proyectos, en los cuales, a más de su ayudante, el coronel Willete, intervino un viejo amigo de Bazaine, el antiguo capitán Doineau, salido de un pasado tenebroso: de cuando había asesinado a Aga de los Beni-Snousse en la carretera de Tlemcen. Iban a cumplirse veinte años de aquel episodio que acarreó una condena a muerte y, Bazaine, algo hizo en aquella ocasión a favor de Doineau. De aquí su aparición en aquellos días de zozobra en el islote solitario.

A Bazaine le parecía imposible, en su constante obsesión de huida, realizarla. Proyectos no faltaron e incluso hubo, como en los cuentos románticos, unas señoritas inglesas, asiduas paseantes en bote alrededor de la fortaleza, ofreciéndose para la arriesgada empresa. Pero Bazaine quiso depositar la confianza en los fieles y no en amistades advenedizas por generosas y estimables que fueran. Y las inglesas quedaron a segundo término, por el momento, ya que ni el propio Bazaine sabía a punto fijo en qué ocasión habría oportunidad y cuál sería el procedimiento. En su desesperación, incluso pensó huir en la forma que fuera y después cruzar a campo traviesa el continente hasta la frontera. El pensamiento de Bazaine era a todos luces un desatino, pero detrás de Bazaine, o por mejor decir, antes de Bazaine, estaba en esta oportunidad la mexicana Pepita Peña.

LA HISTORIA ha olvidado demasiado pronto a Pepita Peña. Lo que hizo a partir de aquel momento para ayudar a su esposo en el proyecto de fuga resulta un episodio de aventuras casi increíble.

Para evitar estorbos, Pepita dejó los niños en Bélgica y se trasladó a Génova, en donde aparece, confabulación familiar, un primo mexicano. ¿Quién era? No he conseguido precisar bien. Al decir de algunas crónicas francesas de la época se apellidaba Rull. Pero este apellido no es mexicano y la *ll* final repugna a la fonética del idioma castellano. Parece que su nombre completo era Antonio Álvarez Rull;

sin embargo, estos apellidos no explican el parentesco del joven con Pepita. En aquel momento los personajes del suceso esconden sus nombres e, incluso, su nacionalidad; el primo mexicano y Pepita adoptan el ampuloso título de duques de Revilla y empieza el capítulo más interesante de la historia de Pepita Peña.

Me aventuro a pensar, sin prueba alguna, que el título fue sugerido por Pepita a su amigo o primo. ¿No pensaría en Revillagigedo, mutilando el apellido? Yo lo creo muy probable.

Para los marineros del puerto de Génova los forasteros no son otra cosa más que un linajudo matrimonio español aficionado a las excursiones marítimas, ya que lo que interesa, naturalmente, a Pepita, es partir en un viaje de placer en un vaporcito. Este vaporcito, "Barone Ricasoli", levó anclas para Golfe Jouan. La elección del vaporcito no resultó fácil; no había muchos y, de otra parte, a Pepita, en aquel momento crucial de su vida, la embarga una inquietud que la lleva fácilmente a la superstición. En esta oportunidad nos aparece nuevamente muy afrancesada, como cuando el gesto de Cassel, y a pesar de su juventud y de su vida azarosa, al corriente de la historia de Francia. A Pepita le subyuga una embarcación que lleva un nombre que parece predestinar al éxito de la empresa, especialmente cuando la empresa es una fuga. El vaporcito se llamaba "Elba". Pero el "Elba" estaba ya comprometido.

Pepita, antes de partir de Génova, manda un telegrama a Doineau comunicándole que todo estará listo para la noche del 9 de agosto. Doineau lo expone a Bazaine, pero en esta oportunidad es Bazaine quien titubea. ¿No estaba decidido a huir? Sí, pero la fuga propuesta y organizada por Pepita no solamente no parece fácil, sino imposible; imposible, especialmente, para Bazaine, hombre corpulento, de mucho peso y de sesenta y tres años y, en consecuencia, nada ágil. ¿Pero cómo desbaratar con una negativa todo el trabajo hecho y los esfuerzos y sacrificios de Pepita? Willete da ánimos a Bazaine y éste, al último, se decide. En definitiva, ¿qué le puede suceder? Morir. ¿Pero es que después de la negativa

de Mac-Mahon a Pepita no estará enterrado en vida, no será un ser destinado a una muerte por consunción en la isla maldita? Si en ocho meses de reclusión creció, día a día, el inconformismo, ¿cómo iba a tolerar, suponiéndole con vida, los veinte años, menos cuatro meses, que le quedaban de condena?

Una vez decidido, se encuentra Bazaine en otro momento crucial de su vida, como cuando África, como cuando España, como cuando la guerra de Crimea, como cuando Solferino, como cuando México, como cuando Metz. Valiente, repleto de aquel valor personal que todavía contaba en los militares del siglo xix, Bazaine lo había sido siempre; en el mismo Consejo de Guerra se le reconoció esta virtud militar.

Y era necesario la valentía, ya que el plan de fuga incluía, o por mejor decir se basaba, en un descenso a la largo de la muralla de la fortaleza hasta las rocas junto al mar, y el descenso se confiaba a unas débiles cuerdas que habían servido para atar los equipajes de Bazaine y de Pepita cuando su reclusión en Santa Margarita. Estas cuerdas, casi mecates, infundieron tan poco temor al alcaide, que Bazaine pudo retenerlas en sus habitaciones. Se unieron los trozos, probaron, con Willete, su solidez y, una vez terminado aquel trabajo que había de poner a Bazaine en la certeza de un fracaso, se escondió aquel artefacto que ya simulaba una cuerda. Después de cenar, Bazaine tuvo una charla informal con el alcaide, y cuando éste se despidió del prisionero, Willete y Bazaine, antes de que el centinela ocupara su puesto y Bazaine quedara bajo llave, se escondieron en el terrado de la muralla. Willete ató un extremo de la cuerda en el cuerpo de Bazaine y el otro lo hizo pasar, para ayudar el descenso, por una gárgola de la muralla.

Bazaine empezó a deslizarse mientras Willete hacía esfuerzos sobrehumanos para retener el peso del cuerpo de su amigo, el cual, poco a poco, iba abandonando la fortaleza. A cada metro que la cuerda pasaba por las manos ardientes de Willete, el mariscal ganaba un pedazo de esperanza en el proyecto de su desesperada huida.

Antes de la bajada de Bazaine por el farallón, Pepita actuó

mucho y bien para ligar todos los cabos que habían de conducir al éxito. La noche del 8 de agosto los condes de Revilla se embarcaron para Porto-Maurizio. Después, ya en Canes, se resguardaron en golfo Juan, en cuyo lugar fueron a tierra en un bote salvavidas del "Barone Ricasoli", con el pretexto, harto raro, de encontrar un criado de cierta edad. En aquel momento ya está Bazaine en el juego, ya que de triunfar habrán hallado al servidor: será el propio mariscal.

Entre siete y ocho de la tarde, Pepita y su primo penetran en el restaurante "Chelet du Diable" y solicitan al dueño del establecimiento. Éste se llama Marius Rocca y acude solícito a atender a los dos forasteros, quienes, sin lugar a duda, a fin de impresionar más, no habrán dejado de presentarse al humilde propietario del restaurante como los condes de Revilla. La sorpresa de Rocca se acrecienta al saber que la pareja española desea un bote a remos para hacer un paseo por la bahía. ¿Un bote a remos, en aquella hora, con mal tiempo y a través de un mar un tanto alborotado? Marius Rocca intenta disuadirlos, pero la pareja consigue, probablemente con dinero, vencer su resistencia y, asimismo, el ofrecimiento de proporcionarles un marinero para aquel extraño paseo.

Pepita iba ataviada con un impermeable, dando a Marius Rocca, con aquella indumentaria, la impresión de estar preparada para los golpes de mar. "Será una pareja romántica" —pensaría—, y alquiló a los condes de Revilla su propio bote. Todo parecía a pedir de boca con los planes de la mexicana. Ya a la mar, Pepita se desprendió del impermeable y quedó con un vestido blanco, probablemente para hacerse más visible en el momento anhelado, en el cual Bazaine se encaminara al bote. Debieron llegar entre nueve y diez de la noche a la fortaleza de Santa Margarita, ya que el oleaje era fuerte. Desde la playa de la Croizette a la isla hay aproximadamente unos setecientos metros, pocos en verdad, pero duros con mal tiempo y a fuerza de dos remos únicamente.

Nunca en la vida de Pepita hubo un momento más angustioso. Al llegar, o apenas llegados los condes de Revilla a la fortaleza, vieron el cuerpo de Bazaine tambaleándose inseguro y chocando contra las rocas que formaban los treinta

metros de altura, desde la terraza hasta la base del farallón. En una oportunidad un grito de congoja salió de los labios de Pepita. "Se mató" —dijo—, observando que por unos momentos el cuerpo de Bazaine permanecía inmóvil; pero el mariscal estaba, al parecer, tan sólo aturdido, ya que al cabo de un minuto retornó al vaivén de su voluminoso cuerpo bajo de la crestería.

Al fin llegó a las primeras rocas de la fortaleza; se desprendió de la cuerda y, a tumbos o como fuera, avanzó hacia el bote, desde el cual los tripulantes mexicanos prendían fósforos para la mayor orientación del fugitivo. Al último Pepita pudo abrazar a su esposo en libertad. Se habían cumplido hasta aquel momento los designios de la mexicana y salvado los peligros previstos, ya que entre los imprevistos hubo uno del que Pepita no tuvo conocimiento sino días después: un pescador de la Croizette que escuchó, o supo por el propio Rocca aquel sospechoso paseo de dos forasteros por la bahía, se hizo a la mar para ver si acontecía algo anormal en la fortaleza. Sin embargo, cuando él arribó al islote-presidio, la fuga ya se había realizado y todo parecía normal. El pescador regresó a la Croizette con las sospechas desvanecidas.

Vapuleado, maltrecho y herido, llegó Bazaine con los pretendidos condes de Revilla al lugar donde habían dejado el bote salvavidas. Allí abandonaron la embarcación de Rocca a la deriva y se dirigieron nuevamente al "Barone Ricasoli", acompañados del criado por el cual habían ido a tierra. Bazaine, entonces, se llamó simplemente Pedro. Era ya más de media noche cuando, por orden de los condes de Revilla, el capitán del "Barone Ricasoli" emprendía su ruta rumbo a Génova. Pocas horas después, Willete dejaba la fortaleza y tomaba el tren para París mientras el "Barone Ricasoli" navegaba ya en aguas de jurisdicción italianas. El éxito había coronado la audacia de Pepita Peña. En la mañana del 10 de agosto Bazaine pisaba tierra extranjera. El cautiverio era ya cosa del pasado.

LA PROTESTA popular se levantó contra las autoridades y salpicó al propio Mac-Mahon. No se creyó la versión de que

Bazaine descendiera con la ayuda de una cuerda los treinta metros de muralla, mayormente cuando se reconstruyó la fuga, escogiéndose para la prueba a un joven de catorce años, hijo de un pescador, ágil y audaz. La reconstrucción se realizó en pleno día y con buen tiempo, a pesar de lo cual el joven hubo de saltar peligrosamente en el último tramo de la cuerda y, ensangrentado por los golpes, pudo llegar trabajosamente a la base de la muralla. Las sospechas entonces se acrecentaron y se llegó a la versión de que en la fuga de Bazaine intervinieron el director de la prisión, M. Marchi, y alguno de los guardianes. Algo de fundamento pudo haber en la *vox populi*, ya que M. Marchi y cuatro de los centinelas que la noche de la evasión estaban en servicio fueron arrestados. *L'Illustration*, en la misma semana, mandó un enviado especial a la isla de Santa Margarita, misión difícil, ya que el gobierno había prohibido el acceso a la fortaleza. El reportero vio la cuerda y afirmó, cosa en verdad sorprendente, que era nueva y de una sola pieza y no de pedazos atados. También se dijo que estaba manchada de sangre y el enviado de *L'Illustration* aseveró que las pretendidas manchas de sangre no eran otra cosa que pintura. Pero uno se pregunta: ¿para qué esta farsa?

Asimismo, el periodista afirmaba que la cuerda era demasiado corta para facilitar con éxito la evasión. En resumen: *L'Illustration* sostenía que Bazaine no había huido en la forma pretendida, sino por una puerta cualquiera, en complicidad con los guardianes. “No hemos de tardar mucho —escribía el periodista— en saber la última palabra del enigma.” *L'Illustration*, sin embargo, no habla más del asunto; Pepita Peña, en cambio, publicó en la *Gazette de Cologne* los pormenores del episodio, aproximadamente como lo hemos descrito, e incluso exponía que la cuerda había sido hecha por ella misma.

Al mismo tiempo, Bazaine también desde Colonia escribía al ministro del Interior afirmando que tan sólo sus parientes eran los responsables de la fuga. Con ello quería salvar a Willette y Doineau, los cuales, aunque detenidos y procesados, fueron condenados únicamente a unos meses de prisión. Asimismo

mo Rocca fue sometido a un proceso verbal sin consecuencias. Igualmente las señoritas inglesas paseantes de la bahía atrajeron la atención de las autoridades, desorientadas por aquella fuga increíble e irritadas por la befa y comentarios del pueblo, aficionado ya entonces a las investigaciones detectivescas.

Si algo hay semejante a un extenso y cómodo cautiverio, es un exilio. Bazaine empezaba en aquella madrugada del 10 de agosto de 1874 su paso, cada día más incierto, por un mundo en el cual no habría honores, ni grados, ni siquiera estímulos para la lucha. Iniciaba, como todo exiliado, el camino muchas veces desesperante de la resignación. Únicamente existía una probabilidad de detener su vacilante error: la restauración bonapartista. Pero, ¿quién podía creer en ella? Los Bonaparte se habían hecho añicos en Sedan y el príncipe imperial, única esperanza de los pocos fieles del Imperio, no ha de tardar mucho en caer bajo los zulúes. Las débiles ilusiones de Bazaine fueron así, paulatinamente, desvaneciéndose.

Inmediatamente después de su desembarco en Génova se dirigió con Pepita (el primo mexicano al parecer se va de la escena) a Suiza, en donde está refugiada con el príncipe imperial, la ex emperatriz Eugenia, a fin de presentarles sus respetos. Se manifiesta una vez más en esta ocasión, su fidelidad al Imperio, fidelidad que incluso llegó a sorprender, en la dura prueba que sufrió Bazaine después de México, a Thiers, quien había preguntado al mariscal, antes del desastre de 1870: "¿Por qué tan fiel al Imperio, cuando el Imperio lo ha tratado tan mal?"

Es en esta oportunidad, en Suiza, cuando en presencia del príncipe heredero, Eugenia de Montijo tuvo aquellas palabras para Pepita Peña recogidas ya anteriormente: *Mais ma petite maréchale, l'histoire s'occupera de vous avec avantage; vu, avec été encore la plus heureuse.*

Seguidamente Bazaine, con Pepita, se dirigieron a Colonia y después a Spá, donde estaban sus hijos. En los primeros días de septiembre se encontraba, no sabemos si con su esposa, en Lieja; desde allí escribió una carta abierta a Mr. James Gordon Bennett, publicada en el *Herald* de Nueva York, en



Pepita Peña, orando en la capilla del Trianon, mientras los jueces deliberaban sobre la sentencia que había de recaer en Bazaine. (*L'illustration*, París, 20 diciembre 1873)



la cual la crítica sobre los acontecimientos del desastre de 1870 llegaba casi al acierto. ¿Pensaba entonces Bazaine en México? Es casi seguro, ya que en la carta había una alusión a su esposa, originaria de América. Algunas gestiones se hicieron para acogerlo en México, gestiones que debieron llevar Pepita y su madre. Pero ¿qué gobierno mexicano iba a aceptar a Bazaine, heridor, por servir a Napoleón, de un pueblo en el cual las llagas por él abiertas no habían cicatrizado todavía?

En su vagabundear de exiliado estuvo en Londres, donde pudo conocer a la familia de las señoritas inglesas, otrora paseantes en bote por la bahía en donde está enclavada la fortaleza de Santa Margarita. En esta estampa romántica no faltó, después de su venturosa fuga, una carta de una de ellas, Charlotte Campbell, rubricada, para identificación del mariscal, como la de *La robe bleue*.

Londres podía ser el primer paso para América, pero cuando se cerraron las puertas de México, un acontecimiento político europeo abría una posibilidad de refugio seguro. En España, después de la muerte trágica de Prim, se hirió también de muerte la dinastía de Saboya, introducida a España por el conde de Reus. Una república que casi no gobernó fue la inesperada solución de un pueblo en aquel entonces de raigambres monárquicas. Ante la debilidad del nuevo régimen, los carlistas volvieron a los trabucazos y los monárquicos isabelinos a las conjuraciones. El resultado fue la proclamación, en Sagunto, por el general Martínez Campos, del rey Alfonso XII; es decir, del compadre de Bazaine, el que llevó a la pila bautismal a su último hijo, nacido en Casel, cuando el mariscal era prisionero de los alemanes. El antiguo pretendiente a la corona de España, el que lo había alentado con sus visitas antes del proceso en el Grand Trianon, era entonces rey de España. La incertidumbre de la familia de Bazaine parecía terminada; al fin había un camino seguro: el de España.

¿Quería el viejo mariscal reanudar sus laureles guerreros en la Península? Mucho se habló de ello, pero no en balde habían transcurrido cuarenta años de cuando luchaba por

Isabel II niña, y además, el escenario donde cayó no era el mismo de antaño, ni había legión francesa a que incorporarse. En cuanto a los militares españoles —carlistas y cristianos—, los temía tanto por sus audacias como por sus intrigas. Y él ya no estaba en edad de ofrecer, como en un juego de esgrima, su cuerpo a las balas silbantes. Además habían hijos y tenía suegra y esposa; las mujeres, deseosas de calma después de tanto ajeteo.

En febrero de 1875, la familia Bazaine estaba en Santander y, pocos meses después, se instalaba en Madrid. El mariscal había caído, para siempre, en la capital de España, resignado a veces, inquieto siempre por sus ansias de rehabilitación, inconforme con un destino que limitaba cada día más cualquier perspectiva futura.

Bazaine, poco a poco, como cualquier viejo, fue viviendo de recuerdos; es decir, del pasado. En sus paseos diarios por las calles de Madrid era un cuerpo sin alma, pero en las frías tardes y noches invernales se encerraba en sí mismo y escribía para la historia *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz*, con cuyo texto esperaba llegar a esclarecer las causas de la derrota de Francia y reivindicarse de las calumnias que su proceder suscitaron y que tuvieron el final vergonzoso del proceso del Grand Trianon.

Una familia deshecha por los acontecimientos seguía la vida rutinaria, monótona y triste de los caídos. Hubo, en verdad, compensaciones que debieron halagar especialmente a Pepita. El matrimonio fue recibido algunas veces en las recepciones celebradas en la Corte de Alfonso XII, hasta que una protesta oficial del embajador francés puso un alto definitivo a aquellas atenciones. Alfonso no era ya un pretendiente, sino el rey, y la política exigía un más riguroso ostracismo para el vencido. Ya que Bazaine, además de traidor, era un fugitivo que se había aprovechado de deferencias y privilegios con él tenidos en la prisión para burlarse de una sentencia.

El ridículo del gobierno francés creaba estímulos que desembocaban en el odio y este odio llegó al pueblo y del pueblo

a Madrid, en la persona de un comerciante de la Rochelle, quien en 1887 —Bazaine tenía setenta y seis años— le hirió con un puñal en el rostro. Diecisiete años después de la guerra de 1870 los viejos de Francia todavía pensaban en Bazaine como el causante del desastre. Esta voz, a pesar de los acontecimientos de Francia, no ha terminado todavía su monótono eco.

Bazaine, no obstante, contribuyó mucho al renacimiento del pasado. En 1883 publicó su libro *Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz*, con el cual volvieron los comentarios y, con ellos, las pasiones. Francia no olvidaba, y a través del tiempo la leyenda pesaba más que la historia.

El libro de Bazaine llevaba una dedicatoria muy elocuente de su respeto para la España acogedora y de su fervor hacia la realeza por la cual había expuesto su vida cuando joven. La dedicatoria decía: *A Sa Majesté la Reine Isabelle II. Madame: Votre Majesté m'ayant témoigné, dans les mauvais comme dans les bon jours, sa constante bienveillance, je la supplie d'agréer la dedicace de ce livre militaire, dont le but est de démontrer que le soldat qui avait servi la cause de Votre Majesté, pendant sa minorité, est resté digne de sa royale sympathie. Son très humble et très dévoué serviteur.—François Achille Bazaine.—Ex-fusilier, au 37 de Ligne.—Ex-officier supérieur au service de l'Espagne.—Ex-Maréchal de France.—Refugié en Espagne depuis 1874.*

Vieja ya, o por mejor decir, envejecida —contaba cincuenta y tres años— y muy gorda, Isabel II debió recibir el libro en su llamado palacio de Castilla, en París, donde residía habitualmente, a pesar de la proclamación de su hijo como rey de España. No le placía, después de la agitación de su reinado, que le valió ser llamada “la de los tristes destinos”, hacer un papel secundario en la corte de España. Su retiro voluntario fue París, en donde mantuvo una pequeña corte de incondicionales. En París vivía también su madre, María Cristina, y asimismo el esposo de Isabel, el enigmático personaje que se llamó Francisco de Asís. Todos en residencias separadas. El libro de Bazaine llenó un espacio más de la magnífica biblioteca del palacio de Castilla, en la cual desta-

caban muchos valiosos volúmenes con suntuosas encuadernaciones. Pero es dudoso que Isabel, Borbón al fin y al cabo, pasara sus ojos más allá de la dedicatoria. Sabemos que su educación literaria fue descuidada, y aunque en la mesa de su despacho hubiera una magnífica edición del *Quijote*, nunca hojeaba este libro, sino *Rocambole*. Además, ¿por qué le había de interesar el episodio de Metz? Su real agradecimiento fue, no obstante, expuesto a Bazaine. El viejo soldado vivía en los recuerdos de la realeza. Esto debió bastar al resignado proscrito. Tanto su vida como la de la reina habían entrado en la fase crítica de las evocaciones, especialmente para Bazaine, ya que Isabel todavía daría que hablar resguardada tras de los muros del palacio de Castilla.

Obsesionado por los acontecimientos que labraron su desgracia, Bazaine escribe a los amigos, a los pocos amigos que le quedan todavía en Francia, sin darse cuenta de la tragedia familiar.

A Pepita y a su madre no les gusta España; añoran México, pero ya no el México imperial, sino el clima, el ambiente, las relaciones perdidas. El calor insufrible del verano madrileño las aniquila; el frío de los inviernos las enferma: "La casa —escribe Bazaine a Francia en un invierno— es un hospital." Además hay un factor desesperante de todo desterrado, perseguido en su patria y ya viejo: la pobreza. Bazaine no había tenido nunca bienes y a Pepita las donaciones del Imperio le habían resultado un sueño más de los múltiples que inspiraron el segundo Imperio francés en América. De éstos, únicamente persistirá por muchos años el delirio trágico de la emperatriz Carlota.

La vejez de Bazaine empeora todavía la situación de la familia. Alfonso estudia en Francia; el hijo mayor en el monasterio de El Escorial; Eugenia se educa en las Ursulinas de Madrid. Su esposa se encuentra sola, desalentada. ¿Dónde han ido a parar la alegría y belleza juveniles?

EN 1886, PEPITA decide hacer un viaje a México. ¿Para qué? Bazaine tenía entonces setenta y cinco años y su proceder resulta raro. ¿Por qué no acompaña al viejo hasta la muerte?

Quizás perdió su tenacidad heroica; quizás se debatía en la desesperación de un olvido que ella creía injusto; quizás pensaba todavía en un hogar mexicano para los suyos. La filosofía popular ha creado la expresión a la cual nos atenemos ante el enigma: "¡Quién sabe!"

¡Qué diferente el México que dejó al que halla! Ya no es joven, cuenta treinta y nueve años y sus tiempos de deslumbrante pujanza están más lejos por los acontecimientos que por el tiempo.

La República se ha consolidado y el Imperio ni recuerdos sugiere. Es todavía demasiado pronto para que entre en la historia trágica del mundo del ochocientos.

La conmiseración de algunas antiguas amistades la humillan más que la confortan. Años atrás la envidia había desatado lenguas; ahora, en el regreso, vuelven las habladurías y no faltarían voces que manifestaran el acierto de un pronóstico de desdicha emitido en 1865, cuando la felicidad era para Pepita esperanza. De aquellas voces hay constancias. En una carta escrita por Rosa Rincón a Manuel Romero de Terreros se lee: "... porque y con todo su mariscalato, comprenderás bien si es digna de compasión una victima, que lo es sin conocerlo, la pobre".<sup>8</sup>

Ni los regalos de boda pudo retener Pepita. Claro que entre ellos hubo uno dadivosamente escandaloso, incluso para la aristocracia más o menos inclinada al Imperio: el palacio de Buenavista, joya arquitectónica de México, obra de Tolsá. Hasta se creó la duda en torno del obsequio. En el libro de correspondencia ya citado, hay testimonio de ella. La carta dice: "Le contaré algunas cositas que andan hablando por ahí. Una de ellas es que, como el general o mariscal Bazaine se casa con la señorita Peña, a quien tanto conoce usted, el Emperador, o la Emperatriz, dicen, ha dado a esta joven novia, por vía de dote, la casa de la señora Pérez Gálvez, en que vive el mismo mariscal, la cual como usted sabría, compró el gobierno en tiempo de la Regencia. Yo no lo creo, pero se dice con mucha generalidad." La carta sigue con otras noticias y, probablemente, no fue terminada el mismo día en que se escribió el párrafo transcrito, ya que al final insiste y con-

firma la noticia: "... Es cierto que la Emperatriz ha dado, como acabo de decir a usted, la casa de Buenavista a la señorita Peña. Yo no quería creerlo, pero es verdad." <sup>9</sup> ¿Regresó Pepita a México con la esperanza de retener algo de aquel generoso obsequio? Otro interrogante entre los múltiples que su proceder plantea. Sin embargo, es posible que de realizarse esta ilusión hubiera sacado a la familia de la pobreza, en todos los tiempos inspiradora de desatinos.

Pensaría, quizá en las cláusulas que encerraba la donación del palacio expuestas en una carta de Maximiliano a Bazaine el mismo día de la boda del mariscal con Pepita y cuando el emperador, al lado de la novia en el banquete y ante ochenta comensales, entregó el palacio a los novios. La carta rezaba así: "Mi querido Mariscal Bazaine: Queriendo daros una prueba de amistad y asimismo de agradecimiento por los servicios personales prestados a nuestra patria y aprovechando para ello la ocasión de vuestro matrimonio, damos a la mariscala el Palacio de Buenavista, comprendiendo en él los jardines y los muebles, bajo la condición que el día que regreséis a Europa o que por cualquiera otro motivo no queráis conservar la posesión de este palacio para la mariscala, la nación volverá a recibirlo y entonces el gobierno se compromete a darle en calidad de dote la suma de cien mil pesos.—Vuestro afectísimo.—Maximiliano." <sup>10</sup>

El gobierno, naturalmente, recobró el palacio, pero Pepita no pudo obtener, si es que puso empeño en ello, ni un centavo de los cien mil pesos. El cuento de hadas inspiraría el chacoteo de los mexicanos, otrora, algunos de ellos, asistentes al gran baile que dio Pepita en su palacio a los pocos días de su boda, mientras parte del pueblo contemplaba atónito, entre farolillos venecianos, la iluminación del jardín en el que el arte pirotécnico compitió con el culinario. Desde atrás de las rejas la multitud aplaudía el efecto luminoso de unas letras en las cuales se leía: *Vive Napoleón III. Vive l'empereur Maximilien.*

Pepita se había afrancesado hasta el extremo de adoptar en su patria la lengua del esposo, error que contribuyó, entre otros, a la malquerencia de buena parte de la sociedad

mexicana, manifestado ya anteriormente, en las participaciones de boda.<sup>11</sup>

En la soledad de México únicamente tiene el consuelo de la compañía de su hija Eugenia. Las cartas de su esposo debieron ser, asimismo, un refugio para Pepita. En 1888 Bazaine, desde Madrid, escribía a un amigo: "... el pasado ha muerto". Lo mismo hubiera podido escribir Pepita desde su patria. La muerte definitiva de este pasado se encarna, en aquel mismo año, con la del mariscal, acaecida en Madrid el 23 de septiembre de 1888. Tan sólo estuvieron en el último trance sus dos hijos y acompañaron al cadáver hasta el cementerio de los extranjeros. Un sacerdote francés dijo el responso del mariscal ante muy pocas personas.

Pepita recibió la noticia con la resignación de los vencidos. El silencio iba penetrando más y más en su vida de viuda de un proscrito y, en México, odiado. De la aventura desventurada le quedan sus hijos, aunque no ha de tardar en recibir la triste nueva de la muerte del mayor, oficial español, acaecida en el pueblo de Zongo (Cuba), cuando España hacía los últimos estertores de su agonía imperial.

A su lado está Eugenia, mientras el hijo menor, Alfonso, sigue también la carrera de las armas en España.<sup>12</sup> Van pasando los días monótonos, tristes, repletos de añoranzas, mientras Pepita es casi como un fantasma del pasado, ya muerta para el futuro que no puede reservarle más que la muerte. El tiempo parecía así vengarse de su intensa vida emocional, demasiado precoz.

Ni alientos le quedaron para volver a España. Europa había resultado también otro sueño, una farsa más como la del Imperio mexicano.

Los meses han tejido años y la soledad se acrecienta, hasta que el vacío se hace definitivo el 7 de enero de 1900. Iba a cumplir cincuenta y tres años. Los médicos habían diagnosticado cáncer. A su lado está, encarnación del pasado, Eugenia. Los viejos amigos o se los ha tragado el tiempo o la desprecian. La juventud la ignora. Unos pocos la acompañan hasta el cementerio francés —última fidelidad a su esposo—, pero ni nicho propio tuvo, ni epitafio de recuerdo.

Su cuerpo fue sepultado en la capilla de la familia Pedraza. El olvido, constante, tenaz, la persiguió hasta la tumba.

## NOTAS

1 Véase *Historia Mexicana*, Vol. IV, núm. 4, abril-junio 1955. BLASIO, J. L.: *Maximiliano íntimo*.

2 *El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*. México, Librería Viuda de C. Bouret, 1905, pp. 74-77.

3 ROMERO DE TERREROS, Manuel: *La corte de Maximiliano. Cartas de don Ignacio Algara*. México, Editorial Polis, 1938.

4 GUEDALLA, Philip: *Los dos mariscales*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, p. 173.

5 El gobierno y altos funcionarios salieron de París en globo. Esto constituyó, en aquel entonces, una hazaña venturosamenae repetida.

6 GUEDALLA, Philip: *ob. cit.*, p. 130.

7 *Ibid.*, p. 248.

8 *Maximiliano y el Imperio según correspondencias contemporáneas que publica por primera vez Don Manuel Romero de Terreros...* México, Editorial Cultura, 1926, p. 83.

9 *Ibid.*, p. 67.

10 BLASIO, J. L.: *ob. cit.*, *loc. cit.*

11 "M-Madame Vve. de la Peña y Azcárate, a l'honneur de vous faire part du mariage de Mademoiselle Josefa de la Peña y Azcárate sa filie, avec S. E. le Maréchal de France, Bazaine, Commandant en Chef le Corps expeditionaire du Mexique. México, le 26 de juin 1865."

12 A este hijo le persiguió como un estigma el apellido. Sirvió a México en la época de Porfirio Díaz, pero un escrito, intentando reivindicar a su padre cuando la intervención, le valió la baja en el ejército. El hijo de Pepita era tolerado, pero el de Bazaine exigía, en México, una discreción que no supo tener. Alfonso regresó a España y en 1914 se alistó voluntario en el ejército francés cuando la guerra con Alemania. Sus méritos en campaña no le valieron el perdón de su apellido y hubo de regresar a España después de la victoria de su patria. Ni México, ni Francia, supieron olvidar.